

Artículo



CEINASEG

Conectamos ideas, transformamos el mundo

El resurgimiento del nacionalismo y las democracias iliberales en el siglo XXI

Escrito por:

- **Francesca Lagos López:** Bachiller en Relaciones Internacionales y maestranda en Gestión de Proyectos. Investigadora de CEINASEG.

Editado por:

- Equipo académico de CEINASEG.

29 de Septiembre
de 2025

Fuente de las imágenes: Radek Pietruszka / EFE (2018), El Industrial (2025), Anushree Fadnavis / Reuters (2024)

El resurgimiento del nacionalismo y las democracias iliberales en el siglo XXI

Francesca Lagos López*

Resumen

El documento examina el resurgimiento del nacionalismo y el ascenso de las democracias iliberales en el siglo XXI, analizando las diversas causas sociales, políticas y económicas que impulsan estos fenómenos. A través de un estudio de casos globales entre 2010 y 2024, el texto explora cómo estos cambios desafían el orden liberal y reconfiguran las alianzas internacionales, enfatizando la erosión de los principios democráticos. El artículo busca identificar cómo la instrumentalización del nacionalismo, puede convertirse en una herramienta clave para legitimar la concentración de poder y la supresión de la disidencia, sugiriendo que la democracia liberal ya no es el único paradigma político dominante.

Palabras clave

nacionalismo, populismo, democracia liberal, transformación política.

*Bachiller en Relaciones Internacionales con experiencia en organizaciones del sector jurídico, corporativo y de desarrollo regional. Ha liderado proyectos en organizaciones sin ánimo de lucro, facilitando dinámicas de fortalecimiento de equipos y asesorando a gerencias en objetivos estratégicos. Actualmente, cursa un máster en Gestión de Proyectos y continúa especializándose en organización de eventos y el ámbito de la cooperación internacional.

I. Introducción

El resurgimiento del nacionalismo y el ascenso de las democracias iliberales en las últimas décadas han reconfigurado el panorama político global, desafiando los cimientos del orden liberal. Frente a esta transformación, este artículo analiza las causas sociales, políticas y económicas que impulsan estos fenómenos, mediante un examen de casos emblemáticos a nivel global en el período 2010-2024. Asimismo, se examinan las implicancias geopolíticas de estos cambios para el sistema internacional, con especial énfasis en la erosión de los principios democráticos y la reconfiguración de las alianzas globales.

Este análisis se enmarca en un debate global más amplio: la aparente crisis del modelo de democracia liberal promovido activamente por la influencia occidental que ha demostrado no ser un molde único ni adaptarse de manera uniforme a realidades históricas, culturales y sociales profundamente diversas. Lejos de converger hacia un estándar liberal universal, el panorama internacional evidencia una tendencia fragmentaria pero consistente hacia su transformación, erosión o rechazo abierto.

El objetivo de este artículo, por tanto, no es presentar los casos emblemáticos de cada continente como manifestaciones idénticas de un mismo fenómeno, ya que sus trayectorias, contextos y actores son notablemente distintos, sino examinar, a través de su diversidad, cómo converge la configuración de alternativas políticas que, desde distintas realidades, desafían los pilares del liberalismo político. Ya sea a través del nacionalismo religioso, el populismo digital, el autoritarismo desarrollista o el iliberalismo soberanista, estos casos sugieren una redefinición de los estándares democráticos hacia modelos híbridos o identificados explícitamente como autoritarios, planteando así una amenaza sistémica a la democracia liberal como paradigma dominante.

Para abordar estas cuestiones, el presente artículo se organiza en cuatro secciones. Tras esta introducción, se establece el marco teórico con las aportaciones clave para la definición de los conceptos de nacionalismo y democracia iliberal. Posteriormente, se analizan las causas multidimensionales que originan el fenómeno, examinando cinco dimensiones interrelacionadas: económica, psico-cultural, tecnológica, política y geopolítica.

A continuación, se aplica este marco analítico a una selección de casos emblemáticos por continente, que buscan ejemplificar y validar la incidencia de dichas dimensiones. Por último, las conclusiones sintetizan los hallazgos y reafirman la validez de este enfoque multidimensional para comprender la complejidad del actual escenario internacional.

Para ello, resulta fundamental revisar dos conceptos clave que sustentan este análisis: el nacionalismo y la democracia iliberal. Si bien sus definiciones varían según los diferentes enfoques académicos, establecer una conceptualización sólida es un paso previo indispensable para comprender la dinámica política contemporánea.

II. ¿Cómo definirlos? una aproximación desde las aportaciones teóricas

El nacionalismo contemporáneo se caracteriza por su naturaleza reactiva, frecuentemente asociada con el populismo de derecha, la antiglobalización y la xenofobia (Mudde, 2007). Suele vincularse con la defensa de las tradiciones nacionales y la soberanía frente a la inmigración, las élites cosmopolitas o las instituciones supranacionales, e incluso con la protección de las fronteras. Así mismo, es necesario mencionar que el nacionalismo desde una perspectiva oriental, especialmente la asiática en el siglo XX no fue tanto un rechazo del exterior, sino un medio para movilizar a la sociedad en torno a objetivos estatales de crecimiento, recuperación y prestigio internacional (Johnson, 1982).

Como nos argumenta Benedict Anderson (1983), la nación es una “comunidad política imaginada”, es decir, socialmente construida por medios culturales y simbólicos; por ende, el nacionalismo no es primitivo ni irracional, sino una construcción moderna con raíces en el colapso de imperios y el auge de los medios impresos. Por su parte, Ernest Gellner (1983) argumenta que el nacionalismo es un producto de la modernidad industrial: “(...) el nacionalismo no crea naciones, sino que las presupone” (p.55), surgiendo con el fin de asegurar la homogeneidad cultural necesaria para los Estados modernos. En su libro *National Identity*, Anthony D. Smith (1991) introduce la noción de etnosimbolismo, donde resalta la persistencia de elementos étnicos e históricos en la construcción de identidades nacionales; entendiendo el nacionalismo moderno como resultado de mitos, memorias y tradiciones ancestrales.

En cambio, Billig (1995) propone el concepto de “nacionalismo banal” para describir formas cotidianas, incluso sutiles, de reproducción del nacionalismo en democracias liberales, tales como banderas, himnos o lenguaje oficial. Desde una perspectiva histórica, el nacionalismo japonés del siglo XX no puede entenderse únicamente como una reacción frente a lo extranjero, sino más bien como un mecanismo orientado a consolidar la cohesión social y canalizarla hacia fines estratégicos del Estado, como el crecimiento económico, la reconstrucción nacional tras la guerra y la recuperación del prestigio internacional. En este sentido, Chalmers Johnson (1982) argumenta que el nacionalismo japonés operó como una herramienta funcional al proyecto modernizador del Estado, más que como una expresión de aislamiento o exclusión.

Entonces, podemos entender por Nacionalismo la ideología que promueve la identificación y lealtad del individuo hacia una comunidad nacional percibida como única, con derecho a la autodeterminación y soberanía. En contextos contemporáneos, esta ideología no solo moldea la identidad colectiva, sino que también influye directamente en la configuración de los regímenes políticos. Uno de los fenómenos en los que esta influencia se vuelve especialmente visible es en el ascenso de las llamadas democracias iliberales.

El concepto de democracia iliberal, acuñado por Fareed Zakaria en su influyente artículo *“The Rise of Illiberal Democracy”* (1997), describe regímenes que, pese a celebrar elecciones, restringen derechos civiles, debilitan la separación de poderes y limitan la libertad de prensa desde el propio gobierno. Zakaria (1997, pp. 22–43) subrayó cómo estos sistemas, aunque democráticos en origen, ignoran los límites constitucionales y erosionan el Estado de derecho. Una década después, en *The Future of Freedom* (2003), profundizó en esta idea, argumentando que las democracias iliberales “manipulan el sistema para concentrar el poder y socavar las instituciones de rendición de cuentas” (Zakaria, 2003, p. 119).

Esta categoría se inscribe en un espectro más amplio de regímenes híbridos, concepto que ya había sido anticipado por Juan Linz (1975) en su clásica distinción entre democracia, autoritarismo y totalitarismo. La democracia iliberal ocupa un espacio gris: combina rasgos democráticos —como elecciones competitivas— con prácticas autoritarias, como el sesgo sistemático a favor del oficialismo (Levitsky & Way, 2010). Ejemplos como Hungría, Rusia o Venezuela ilustran esta ambivalencia, donde las instituciones formales coexisten con la erosión de contrapesos.

Yascha Mounk (2018) amplía este debate al analizar la creciente disociación entre liberalismo y democracia: mientras ciudadanos pueden votar por gobiernos que restringen libertades, élites tecnocráticas pueden imponer agendas liberales sin suficiente legitimidad popular. Esta tensión, según Mounk, explica la crisis actual de la democracia.

III. ¿Cuáles fueron los factores que originaron este fenómeno?

Este fenómeno tiene diversas causas, las cuales responden a una combinación de factores estructurales, históricos, culturales y tecnológicos. Desarrollaremos las causas principales, abordando cinco dimensiones clave: En efecto, este análisis se estructura en torno a seis dimensiones clave: 1. la económica, asociada a la crisis del modelo liberal-democrático occidental; 2. la psicológica y cultural, ligada a los efectos disruptivos de la globalización como la pérdida de soberanía, las migraciones y los conflictos identitarios; 3. la tecnológica, determinada por el impacto de las plataformas digitales y redes sociales; 4. la política, marcada por el desencanto hacia las democracias y la erosión de la confianza en partidos y élites; y 5. la geopolítica, vinculada al tránsito hacia un orden multipolar y las tensiones entre actores globales.

Para desarrollar la dimensión económica, partimos del declive del liberalismo occidental, que se manifiesta en tres planos interconectados, todos alimentados por hitos disruptivos como la crisis financiera de 2008, la pandemia de COVID-19 y el aumento estructural de las desigualdades. En el plano de economía política, la erosión de pilares como la globalización financiera y la desregulación (Stiglitz, 2016) ha generado una crisis de legitimidad sistémica. Como advierte Mounk (2018): "La gente ha dejado de creer que la democracia liberal mejorará sus vidas" (p. 45); lo que explica la preferencia creciente por alternativas iliberales que prometen eficacia aun sacrificando libertades.

Este descontento se amplifica en el nivel normativo, donde marcos regulatorios nacionales —especialmente en políticas laborales y fiscales— han profundizado las desigualdades (Rodrik, 2011). Paralelamente, en el ámbito de las dinámicas comerciales, el resurgimiento del proteccionismo (por ejemplo, guerras comerciales UE-China-EE. UU.) evidencia el declive del multilateralismo. Farrell y Newman (2019) interpretan esta fractura como parte de la "interdependencia weaponizada" que caracteriza la actual crisis del orden económico liberal.

El deterioro de las condiciones materiales analizado previamente —crisis económicas, desigualdad creciente y pérdida de seguridad laboral— encuentra su correlato en el plano psicosocial. En la dimensión psicológica y cultural, emergen sentimientos de pérdida identitaria y humillación, exacerbados por las grandes olas migratorias y el multiculturalismo acelerado. Ivan Krastev (2017) en *After Europe* vincula esta dinámica directamente con el malestar económico: cuando las comunidades perciben amenazas simultáneas a su bienestar material y a su identidad cultural, las respuestas políticas se radicalizan, analiza cómo la crisis migratoria europea y el "miedo a la desaparición cultural" (p.92) han catalizado un nacionalismo defensivo, particularmente en Europa del Este.

Su argumento es contundente: el miedo a desaparecer culturalmente es más fuerte que el miedo a la pobreza. Por eso triunfa el nacionalismo (Krastev, 2017, p. 93). Esta frase sintetiza la paradoja central de nuestro análisis: incluso en contextos de precariedad económica, las ansiedades identitarias movilizan con mayor intensidad que las reivindicaciones de justicia material. Así, la erosión del proyecto liberal —tanto en su vertiente económica (Stiglitz, 2016; Mounk, 2018) como cultural (Krastev, 2017)— se retroalimenta, creando un círculo vicioso donde el desencanto con la globalización fortalece alternativas iliberales.

Si bien el proceso de globalización ha favorecido la interdependencia económica y la apertura de fronteras, también ha ocasionado pérdida de industrias nacionales por deslocalización, percepción de amenaza cultural e identitaria, sentimiento de que las decisiones importantes ya no se toman dentro del país, sino en instituciones supranacionales o por grupos gobernantes desconectados de las necesidades y realidad de la población.



Agricultores franceses protestan frente a Versalles contra el gobierno francés y Bruselas por el acuerdo UE-Mercosur (Imagen de AFP, 2025)



Imágenes. Izquierda: protesta en Reino Unido contra la inmigración (RTVE, 2025); centro: Trump en un encuentro electoral en Arizona, 2016 (Gage Skidmore, 2016); derecha: manifestaciones a favor del Brexit (Ian Martinez / Reuters, 2018)

Cas Mudde (2019) analiza el vínculo entre el auge del nacionalismo contemporáneo y la expansión del populismo de derecha radical, argumentando que este fenómeno surge como una reacción identitaria y emocional frente a un mundo percibido como amenazante y fuera de control (p. 32). En su obra *“The Far Right Today”*, el autor destaca el uso de un discurso antiélite que simplifica problemas complejos: “La derecha radical ofrece respuestas simples y emocionales [...], explotando el miedo al ‘otro’ y prometiendo recuperar la soberanía” (Mudde, 2019, p. 28). Esta narrativa ha catalizado consignas como recuperar el control, materializadas en movimientos como:

1. **Brexit:** Goodwin y Milazzo (2022) demuestran que el éxito de la campaña por la salida del Reino Unido de la UE se basó en "la explotación de ansiedades identitarias y la demonización de las élites globalistas" (p. 115).
2. **America First:** Según Norris e Inglehart (2019), la retórica de Donald Trump "articuló un rechazo a la interdependencia global, vinculando la pérdida de empleos con la inmigración y el libre comercio" (p. 214).

Estos casos ilustran cómo sociedades que se perciben vulnerables —ya sea por cambios demográficos, crisis económicas o pérdida de autonomía— son particularmente receptivas a soluciones iliberales (Mudde, 2019; Mounk, 2018).

Avanzando a la tercera dimensión —tecnológica—, el impacto de las redes sociales y los algoritmos de personalización ha exacerbado la polarización política mediante dos mecanismos clave: el *framing* selectivo y los filtros burbuja (Pariser, 2011). Estos últimos crean universos informativos aislados, donde los usuarios solo reciben contenido que valida sus creencias preexistentes, generando un aislamiento intelectual que facilita la difusión de desinformación y discursos emocionales —más efectivos que los racionales para movilizar a las masas—.

Este ecosistema digital permite a los líderes populistas sortear instituciones tradicionales (partidos, prensa, parlamentos) y establecer un contacto directo —y sin mediación crítica— con sus bases. Como advierten Levitsky y Ziblatt (2018), esta dinámica "erosiona los frenos y contrapesos democráticos y favorece liderazgos autoritarios legitimados por la masa" (p. 147). El caso paradigmático es el uso de plataformas como *Twitter* o *Facebook* para difundir mensajes antiélite, desacreditar a medios independientes y concentrar poder ejecutivo, tal como documentan en *How Democracies Die*.

En cuanto a la dimensión política, la fatiga democrática y desconfianza en las élites que gobiernan ha llevado a los ciudadanos percibir en los partidos tradicionales inclinación a la corrupción y desconexión de las demandas reales, esto ha generado alta abstención electoral o voto antisistema como se reflejó en las elecciones del pasado 2024, apoyo a líderes "outsiders" o a discursos de ruptura y extremismo. Levitsky y Ziblatt explican que las democracias ya no mueren por golpes militares, sino por erosión lenta desde dentro, mediante la deslegitimación de la oposición, el control de la prensa y la subordinación del poder judicial.

El surgimiento del autoritarismo electoral, en muchos casos, viene impulsado por el miedo al cambio social y al declive de identidades tradicionales: "La democracia muere cuando los líderes ganan elecciones y luego destruyen las instituciones que los limitan" (Levitsky et al., 2018). Como señala Juan Linz (1975), la democracia entra en crisis cuando pierde legitimidad procedimental y ya no representa al ciudadano promedio.

Las dimensiones analizadas —económica, tecnológica y psicosocial— tienen impactos internos, pero también reverberan en la dimensión geopolítica, acelerando la transición hacia un orden multipolar y redefiniendo las rivalidades entre potencias. Si bien el orden liberal internacional enfrenta desafíos de actores como Rusia o Turquía —que promueven abiertamente modelos autoritarios como "alternativas exportables" (Levitsky, 2018, p. 211)—, el caso de China e India complejiza este panorama. Esta ambivalencia muestra que no son detractores del sistema, sino revisionistas selectivos (Zakaria, 2020). Como señala Levitsky (2018): "Lo que era considerado desviación, ahora se presenta como alternativa legítima" (p. 211). La pérdida de confianza y polarización, fenómeno típico de Occidente, no se replica igual aquí: en China, el 83% aprueba su dirección política (Pew Research, 2023), mientras que India usa narrativas de "democracia iliberal" (Khilnani, 2022) para justificar controles.



IV. Casos Emblemáticos

Examinaremos casos que han presentado este fenómeno en países como Hungría, Polonia, Italia, El Salvador, Estados Unidos, Turquía, India, Marruecos, Ruanda y Zimbabue. Se analiza la presencia de las cinco dimensiones que lo originan y las consecuencias para la integración regional e internacional.

Europa: Hungría, Polonia e Italia

Hungría, Polonia e Italia representan los casos más emblemáticos del nacionalismo en Europa; en el este del continente, gobiernos como el de Viktor Orbán en Hungría y Jarosław Kaczyński con el partido Ley y Justicia (PiS) en Polonia han implementado reformas sistémicas que reconfiguran sus democracias. En Hungría, se observa cómo las variantes de las dimensiones psicológica y política entran en juego: Orbán ha consolidado el control mediático cerrando o comprando medios opositores como el diario *Népszabadság* (Freedom House, 2022), mientras criminaliza críticas bajo leyes de "fake news" (RSF, 2023). También ha tomado medidas como el redistritaje favorable en 2012, modificando los distritos electorales ("gerrymandering"), al rediseñar sus límites para concentrar votantes opositores en pocos distritos y dispersar a sus propios votantes en múltiples distritos, logrando así maximizar los escaños (Magyar & Madlovics, 2022).

Por ejemplo, en las elecciones de 2014 y 2018, Fidesz, su partido, obtuvo el 48-49% de los votos, pero gracias al nuevo mapa electoral consiguió más del 66% de los escaños parlamentarios (OSCE, 2022). También se conjuga con la dimensión cultural, al implementar el voto por correo para la diáspora en 2022, mediante una ley que facilitó esta modalidad de voto a ciudadanos húngaros en el extranjero, especialmente en Rumania, Ucrania y Serbia, donde hay minorías étnicas húngaras.

Estos votos fueron claves para dar a Fidesz su mayoría en 2022, pese a que la oposición obtuvo más votos populares en territorio húngaro (Political Capital Institute, 2023). Acompañado de políticas anti-LGBTQ+ como la prohibición de "promover homosexualidad" a menores implementada en 2021.

Polonia, por su parte, ha seguido un patrón similar, donde se observa la confluencia de múltiples dimensiones causales. En la dimensión política, el partido Ley y Justicia (PiS) creó la Cámara Disciplinaria en 2017 para remover jueces críticos, la cual fue declarada ilegal por el Tribunal de Justicia de la Unión Europea en 2021 pero mantenida hasta 2023 (Venice Commission, 2023), evidenciando una erosión deliberada de los controles judiciales.

Paralelamente, en la dimensión tecnológica y cultural, la concentración de medios regionales bajo la petrolera estatal Orlen —que en diciembre de 2020 compró el grupo de medios alemán Polska Press, dueño de casi 20 diarios regionales, 120 semanarios y más de 500 portales locales (Reporters Without Borders, 2023)— centralizó gran parte de los medios bajo control indirecto del gobierno, consolidando un monopolio informativo hasta 2023.

Esta estrategia se complementó con políticas de la dimensión psicológica e identitaria, como la implementación de "zonas libres de LGBTQ+" en 100 municipios en 2019 y el rechazo a las cuotas de refugiados de la UE, justificado como protección de la "identidad cristiana" nacional (PiS Congress, 2022). Así, el caso polaco ejemplifica cómo la dimensión económica —a través de empresas estatales— y la dimensión geopolítica —mediante el choque con instituciones europeas— se entrelazan para sustentar un proyecto de democracia iliberal.

Ambos casos muestran cómo el iliberalismo y el neonacionalismo se institucionalizan: Orbán promueve una democracia cristiana no liberal, mientras el PiS usa el Tribunal Constitucional para desafiar la primacía del derecho europeo. Estas transformaciones, avaladas electoralmente —en un inicio— confirman que el modelo ya no es marginal sino una "alternativa estructurada" (Levitsky, 2018) dentro de la UE, con efectos en cascada como el ascenso de Meloni en Italia, evidenciando una redefinición geopolítica donde la democracia liberal ya no es el único paradigma viable.



Imágenes. Izquierda: Giorgia Meloni en un encuentro político de su partido (EPA-EFE/Riccardo Antimiani, s. f.); centro: Víctor Orban en un encuentro con V. Putin en el Kremlin en 2024 (Valeriy Sharifulin, 2024); derecha: El líder del partido polaco Ley y Justicia (PiS), Jaroslaw Kaczynski (C), reacciona durante la noche de las elecciones del 2023 (EFE/Pawel Supernak, 2023).

En este sentido, el caso de Italia con el ascenso de Giorgia Meloni y su partido Hermanos de Italia (Fdi) encarna el neonacionalismo europeo, donde se conjugan diversas dimensiones causales. La dimensión psicológica e identitaria es el pilar de su discurso, que se articula alrededor del miedo al "otro", la defensa de la "civilización cristiana" y un feroz antinmigración que ha convertido el control migratorio en el eje de su proyecto. Esto se materializa en la dimensión política con medidas como la restricción a las ONG — multando sus barcos de rescate con hasta €50,000 (The Guardian, 2024)— y el polémico acuerdo para externalizar el proceso de asilo en Albania.

Sin embargo, la singularidad del caso italiano se aprecia en la dimensión económica y geopolítica. A diferencia de sus pares en Hungría o Polonia, Meloni evita el choque frontal con Bruselas: acepta estratégicamente los €200 mil millones del Plan de Recuperación de la UE (PNRR) mientras critica su "burocracia asfixiante", y aunque apoya a Ucrania, alinea su soberanía energética nacional con Hungría a través de acuerdos de gas con Orbán (2023). Esta ambivalencia calculada —aceptar fondos, pero defender la autonomía— refleja una dimensión política más sofisticada.

Como señala el politólogo Marco Tarachi, "Meloni ha aprendido de los errores de otros nacionalistas: su discurso es igual de duro, pero su método es institucional" (2023). Finalmente, la dimensión tecnológica es crucial para su éxito. Su eficaz alcance en redes sociales, con videos contra las ONG que superan los 5 millones de vistas, le ha permitido normalizar políticas restrictivas y movilizar apoyo popular sin sufrir sanciones directas de la UE. No obstante, intelectuales como Nadia Urbinati advierten que "bajo su aparente moderación, Meloni erosiona los consensos democráticos: convierte el miedo al 'otro' en política de Estado" (2024). Así, el caso italiano refleja una evolución del neonacionalismo en todas sus dimensiones: menos confrontativo en lo geopolítico, pero igual de efectivo en redefinir, desde las instituciones y las redes sociales, los límites de lo políticamente aceptable en Europa.

América: El Salvador y Estados Unidos

En el continente americano tenemos dos ejemplos de ello: el ascenso de Nayib Bukele en El Salvador y el de Donald Trump en Estados Unidos, lo que resalta el crecimiento de las democracias iliberales y el nacionalismo en América. Ambos líderes capitalizaron el descontento popular frente a la corrupción política y la globalización percibida como una amenaza a la identidad nacional.



Soldados armados de pie en la Asamblea Legislativa de El Salvador, enviados por el presidente del país Nayib Bukele (REUTERS, 2020).

En El Salvador, el gobierno de Nayib Bukele ofrece un caso paradigmático de democracia iliberal en América Latina, donde la dimensión política es la más erosionada: tras alcanzar una mayoría parlamentaria en 2021, el oficialismo ejecutó la remoción sin garantías de magistrados constitucionales y fiscales, reemplazándolos por aliados leales, lo que socavó críticamente la separación de poderes (Meléndez-Sánchez, 2021).



Bukele emitiendo un discurso sobre el informe de su gobierno en un encuentro con los representantes de la Asamblea General (Asamblea General, 2025)

Esta concentración de poder se consolida con la reciente reforma que permite la reelección indefinida, orientando la estructura hacia la perpetuación personal. Paralelamente, la dimensión psicológica e identitaria se manifiesta en un populismo digital que construye un fenómeno de culto al líder, presentado como “el presidente (dictador) más cool del mundo” (Harvard Gazette, 2025, párr. 4), mientras la dimensión tecnológica amplifica este relato y centraliza el discurso oficial. La dimensión de seguridad, que funciona como proyecto nacionalista, se materializa en estados de excepción prolongados que permiten arrestos masivos sin debido proceso, reflejando un “autoritarismo sigiloso” que utiliza mecanismos legales con fines antidemocráticos (Slifko, 2024).

Finalmente, la dimensión política se complementa con un nacionalismo plebiscitario que basa su legitimidad en resultados—como reducir homicidios de 103 a 7,8 por 100,000 habitantes (Insight Crime, 2024)—y un apoyo ciudadano del 90% (CID Gallup, 2024), erosionando el pluralismo y consolidando un híbrido entre democracia electoral y dominación autoritaria.

Estados Unidos representa un caso emblemático de estudio de estos fenómenos. Durante la presidencia de Donald Trump, se consolidó una forma de nacionalismo populista y antiglobalista que desafió los pilares fundamentales del orden liberal internacional. Este fenómeno puede analizarse a través de múltiples dimensiones causales. En la dimensión económica, se articularon medidas proteccionistas como la imposición de aranceles y la renegociación de acuerdos comerciales bajo el lema "*America First*", con el objetivo declarado de restablecer el poder económico de Estados Unidos frente a una élite global percibida como distante.

En la dimensión psicológica e identitaria, su retórica promocionó una narrativa de oposición entre el "pueblo virtuoso" y una élite corrupta, integrando elementos de nativismo, inmigración restringida y apelaciones al resentimiento identitario que fortalecieron su base política (Campani et al. 2022). Paralelamente, en la dimensión política, este enfoque operó bajo lógicas de 'democracia delegativa', erosionando los contrapesos horizontales esenciales para la institucionalidad democrática y manifestó un 'autoritarismo suave' donde infracciones normativas sistemáticas, facilitadas por redes digitales —parte clave de la dimensión tecnológica—, socavaron la legitimidad democrática sin recurrir a rupturas abruptas.

Finalmente, en la dimensión geopolítica, se evidenció en el distanciamiento de instituciones multilaterales y la deslegitimación de mecanismos de gobernanza global, una tendencia que se alinea con la acción de poderes como China o Rusia y la deserción de normas comunes por parte de países populistas.

La adopción de estas políticas ha obtenido un notable nivel de aceptación, particularmente en segmentos de la población que, desde la dimensión psicológica, perciben la migración y la diversidad cultural como amenazas a su identidad y seguridad socioeconómica. Este fenómeno ha generado una reconfiguración del panorama político, caracterizado por un marcado desplazamiento hacia posiciones conservadoras y nacionalistas en ambos contextos nacionales. Dicho giro ideológico ha tenido implicaciones significativas para la cohesión regional, exacerbando las tensiones en los procesos de integración.

Asia: Turquía e India

En el continente asiático se presentan dos escenarios interesantes donde la religión se conjuga con la política y las decisiones sociales: Turquía e India, donde el islamismo y el nacionalismo son usados como estrategia hegemónica, y la exclusión como proyecto político, respectivamente. En Turquía, el liderazgo de Recep Tayyip Erdoğan ha institucionalizado un modelo político híbrido donde la dimensión psicológica e identitaria es fundamental, articulando el islamismo con un nacionalismo excluyente y construyendo una narrativa de resistencia contra las "amenazas externas" (Aydın-Düzgit, 2022).

Este discurso, enfatizado en contextos de crisis —como la dimensión económica de la recesión post-2018 y la dimensión geopolítica del impacto de la guerra en Siria (Öniş & Kutlay, 2021)—, ha explotado percepciones de vulnerabilidad para posicionar su régimen como único garante de estabilidad. Aunque Turquía fue históricamente un ejemplo de secularismo kemalista, la dimensión política se ha visto gravemente erosionada mediante la concentración de poder, la judicialización de la oposición (Esen & Gumuscu, 2022) y el sistemático control de medios —una faceta clave de la dimensión tecnológica—. Pese a las críticas por el autoritarismo competitivo (Schedler, 2013), su apoyo electoral persiste, evidenciando la eficacia de su maquinaria populista para movilizar el apoyo a través de estas dimensiones interconectadas.

En India, el primer ministro Narendra Modi y el Bharatiya Janata Party (BJP) han redefinido el nacionalismo a partir de la dimensión psicológica e identitaria de la supremacía hindú (Hindutva), marginalizando activamente a minorías —especialmente la musulmana— bajo retóricas de protección cultural (Jaffrelot, 2021). Este giro, que se alimenta de una dimensión histórico-cultural al exacerbar divisiones como las tensiones post-Partición de 1947 (Varshney, 2002) y contrastar radicalmente con el legado secular de Nehru (Khilnani, 1997), se materializa en la dimensión política mediante leyes como la de Ciudadanía (CAA, 2019) y la represión en Cachemira (Ganguly, 2020). Estas acciones, a su vez, tienen una clara dimensión geopolítica, ya que han internacionalizado su crisis democrática y han deteriorado su imagen global. Al igual que en Turquía, la instrumentalización del resentimiento identitario (Wilkerson & Deacon, 2019) ha permitido consolidar poder a costa de libertades civiles, sugiriendo un patrón común de regresión en democracias iliberales.



Imágenes. Izquierda: Presidente de Ruanda, Paul Kagame en Davos, Suiza (Gian Ehrenzeller/EPA/MaxPPP, 2022); centro: región del Sáhara Occidental, reclamado por la República Árabe Saharaui Democrática y Marruecos (TUBS, 2011); derecha: El presidente de Zimbabwe, Emmerson Mnangagwa, se dirige a una rueda de prensa en la Casa de Estado en Harare, el domingo 27 de agosto de 2023 (AP - Tsvangirayi Mukwazhi, 2023).

África: Marruecos, Ruanda y Zimbabwe

En África, los casos de Marruecos, Ruanda y Zimbabwe representan tres modelos distintos de nacionalismo en esta zona del mundo: por una parte, tenemos el nacionalismo territorial de Marruecos, el nacionalismo posconflicto acompañado de autoritarismo en Ruanda, y el discurso antioccidental legitimador en Zimbabwe.

En Marruecos, la dimensión geopolítica es el motor principal, donde la narrativa nacionalista de la "integridad territorial" sobre el Sáhara Occidental se ha intensificado y externalizado con éxito. Esto se evidencia tras los Acuerdos de Abraham (2020), logrando que EE. UU. reconocerá su soberanía en 2023 y atrayendo inversiones israelíes en proyectos mineros para 2025 (Reuters, 2025). Internamente, la dimensión política se basa en una combinación de represión (denuncias de torturas y censura por Amnistía Internacional, 2025) y una diplomacia de "desarrollo" con proyectos como el puerto de Dajla. La dimensión psicológica e identitaria se moviliza a través de una gestión agresiva de influencias para aislar al Frente Polisario y, crucialmente, mediante campañas en redes sociales como #SáharaMarroquí, donde influencers y celebridades promueven la consigna unificadora "El Sáhara es tan marroquí como Casablanca" (Middle East Eye, 2025). Así, Marruecos ha convertido un conflicto geopolítico en el pilar de una identidad nacional unificadora.

El caso de Ruanda bajo Paul Kagame ejemplifica un nacionalismo de reconciliación autoritaria, donde la dimensión psicológica e identitaria es fundamentalmente manipulada. Kagame ha construido un relato de "unidad nacional" post-genocidio, controlando la memoria a través de museos y educación para consolidar el poder del Frente Patriótico Ruandés (RFP) (African Affairs, 2025), mientras que leyes que prohíben identidades hutu/tutsi fracturan y redefinen la identidad a la fuerza.

Esta estrategia se complementa con una dimensión geopolítica de enemistad externa, acusando a la RDC de albergar amenazas y utilizando el informe Mucyo (2021) para alimentar una retórica anti-neocolonial contra Francia (The East African, 2025). La dimensión política se caracteriza por un autoritarismo represivo, con censura a periodistas y opositores bajo leyes de "seguridad nacional" (Freedom House, 2024). Este sistema se legitima mediante una dimensión económica de autoritarismo desarrollista, con un crecimiento del 7% en tecnología y manufactura (World Bank, 2025) que enmascara el aumento de la desigualdad y silencia las demandas democráticas.

Zimbabue bajo Emmerson Mnangagwa presenta un nacionalismo de evasión, donde la dimensión económica de la crisis—una inflación del 736,11% en 2024 (Statista, 2024)—es el telón de fondo. La dimensión geopolítica es instrumentalizada a través de un discurso anti-sanciones que culpa a Occidente y a la UE del colapso, desviando la atención de la mala gestión interna (The Zimbabwean, 2025). Esta narrativa se articula desde la dimensión psicológica e identitaria con consignas como “Zimbabue no se arrodilla” y “soberanía económica”, que justifican políticas como la confiscación de granjas de propietarios blancos bajo la consigna de “recuperar lo africano”, a pesar de que el 60% de la población depende de la ayuda alimentaria (FAO, 2025). Finalmente, la dimensión política se reduce a una represión brutal: se silencia a movimientos de oposición como #ZimbabweanLivesMatter tachándolos de "agentes extranjeros", y se practica el fraude electoral contra el *Citizens Coalition for Change (CCC)* (Amnesty, 2025). Así, el nacionalismo funciona como un instrumento para que la élite del ZANU-PF desvíe la atención de su corrupción y acaparamiento de poder.

V. Conclusiones

El análisis presentado en este artículo evidencia que existen diversos procesos de transformación, con causas diferentes de acuerdo a su contexto y realidad en cada nación, pero que siguen la misma tendencia: el resurgimiento del nacionalismo y el auge de las democracias iliberales son fenómenos globales interconectados, impulsados por una combinación de factores: a nivel interno, las crisis económicas recurrentes, el incremento de las desigualdades y la percepción de pérdida de soberanía han generado un terreno fértil para discursos que priorizan la identidad nacional sobre los principios democráticos liberales.

Desde una perspectiva psicosocial, el temor a la pérdida cultural y la inseguridad frente a dinámicas migratorias o transformaciones globales actúan como catalizadores emocionales que legitiman proyectos políticos excluyentes. La dimensión tecnológica ha potenciado estas tendencias al facilitar la difusión de narrativas simplificadas y polarizadoras, permitiendo a líderes populistas sortear mediaciones institucionales y consolidar un vínculo plebiscitario con sus bases.

Los casos analizados muestran una diversidad de estrategias: desde modelos abiertamente confrontativos con el sistema internacional como Hungría, Polonia y Zimbabue, hasta otros de revisionismo selectivo que buscan reformular las reglas desde dentro como India y Marruecos. A pesar de sus diferencias contextuales, todos comparten un patrón común: la instrumentalización del nacionalismo como herramienta de legitimación política y como mecanismo para justificar la erosión de contrapesos institucionales, el control de la disidencia y la concentración de poder. Se identifican patrones en común como el uso de las tecnologías como herramienta de difusión y consolidación de tendencias en redes sociales que polarizan y facilitan el mayor alcance de los discursos populistas. Asimismo, se crean enemigos externos culpando a actores globales (UE, ONU, minorías) para movilizar apoyo interno.

Todo esto tiene un impacto geopolítico que resulta en la fragmentación; el declive del multilateralismo favorece un orden multipolar con actores que se alejan cada vez más del modelo de hegemonía occidental. Estos escenarios favorecen a un “contagio regional”; casos como Hungría y Polonia inspiran movimientos similares en Europa y América Latina. Este fenómeno no es temporal, sino estructural. Las democracias iliberales han demostrado ser resilientes, dando una ilusión de que con la combinación de represión hay mayor eficacia en el manejo de crisis, por ejemplo, en el ámbito de la seguridad en El Salvador o el crecimiento económico en Ruanda. Sin embargo, su éxito es paradójico, ya que prometen estabilidad, pero a costa de libertades fundamentales. La comunidad internacional enfrenta el desafío de defender valores democráticos sin caer en dobles estándares, especialmente cuando potencias como China o India cuestionan el modelo liberal.

En definitiva, el siglo XXI está marcado por una redefinición de la democracia, donde la soberanía popular y el autoritarismo se entrelazan. Comprender esta dinámica es esencial para anticipar escenarios futuros y diseñar estrategias que reconcilien participación ciudadana, diversidad y gobernanza efectiva.

Bibliografía

Anderson, B. (1983). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Verso.

Aydın-Düzgıt, S. (2022). *Populism and Foreign Policy in Turkey*. Palgrave.

Billig, M. (1995). *Banal Nationalism*. SAGE Publications.

Breslin, S. (2021). *China and the Global Political Economy*. Palgrave.

Campani, G., Fabelo Concepción, S., Rodríguez, A., Sánchez, C. (2022). The Rise of Donald Trump Right-Wing Populism in the United States: Middle American Radicalism and Anti-Immigration Discourse. *Societies de MDP*, 12 (6), 154.

Esen, B. & Gumuscu, S. (2022). "Turkey's Democratic Autocracy". *Journal of Democracy*.

Freedom House. (2022). *Hungary: Nations in Transit Report*.

Freedom House. (2024). *Freedom in the World 2024: Rwanda*.

Gellner, E. (1983). *Nations and Nationalism*. Cornell University Press.

Goodwin, M., & Milazzo, C. (2022). *National Populism and Brexit: Elite Versus People*. Oxford University Press.

Harvard Gazette. (2025, 15 de mayo). A closer look at 'the coolest dictator in the world'. Harvard University.

IMF. (2023). *The Rise of Digital Currency: Implications for the Global System*. Jaffrelot, C. (2021). *Modi's India: Hindu Nationalism and the Rise of Ethnic Democracy*. Princeton UP.

Khilnani, S. (2022). *The Idea of India Revisited*. Foreign Affairs.

Levitsky, S., & Way, L. A. (2010). *Competitive Authoritarianism: Hybrid Regimes After the Cold War*. Cambridge University Press.

(Ver también: Levitsky, S., & Way, L. A. (2002). The Rise of Competitive Authoritarianism. *Journal of Democracy*, 13(2), 51–65.)

Linz, J. J. (1975). *Totalitarian and Authoritarian Regimes*. Lynne Rienner Publishers.

Magyar, B., & Madlovics, B. (2022, 5 de abril). Manipulated election entrenches Hungary's autocracy. *The Strategist* (Australian Strategic Policy Institute).

Marruecos: *Fernández-Molina, I. (2023). "Foreign Policy and the Sahara Conflict".

Meloni, G. (2023). *Discurso en Lampedusa*. Gobierno de Italia.

Mouk, Y. (2018). *The People vs. Democracy: Why Our Freedom Is in Danger and How to Save It*. Harvard University Press.

Mudde, C. (2007). *Populist Radical Right Parties in Europe*. Cambridge University Press.

Müller, J.-W. (2016). *What Is Populism?* University of Pennsylvania Press.

Pariser, E. (2011, marzo). Beware online “filter bubbles” [Video]. TED Conferences.

Political Capital Institute. (2023). *Electoral Manipulation in Hungary*.

RSF. (2023). *Press Freedom Index: Hungary*.

Ruanda: Reyntjens, F. (2024). "Authoritarian Governance in Post-Genocide Rwanda".

Smith, A. D. (1991). *National Identity*. University of Nevada Press.

Statista. (2024). *Inflation rate in Zimbabwe from 1999 to 2023 [Graph]*. Statista.

Tarchi, M. (2023). *Intervista sul neo-nazionalismo*. Corriere della Sera.

The Guardian. (2024). "Italy's crackdown on NGO rescue ships".

Urbinati, N. (2024). *La destra vive di risentimento e vittimismo*. La Repubblica.

Venice Commission. (2023). *Opinion on Polish Judicial Reforms*.

Zakaria, F. (1997). *The Rise of Illiberal Democracy*. *Foreign Affairs*, 76(6), 22–43.

Zimbabwe: *Ndlovu-Gatsheni, S. (2025). "The Crisis of Neocolonial Nationalism in Africa".



CEINASEG

Conectamos ideas, transformamos el mundo



ceinaseg@gmail.com



Madrid, España



www.ceinaseg.com